Lit. de V. G. Torres.

RUSIA.

RUSIA.

Que diferencia tan notable ecsiste entre los rusos actuales y los que se llamaban moscovitas en tiempo de Olga y los Foder. Tan poco que se haya hablado de Knout y de Cosaco, que se haya descrito un soldado irregular del Don, con su barba puntiaguda, su ancho cinturon, su vestido rojo, sus anchos pantalones, se ha creido bosquejar la Rusia. Tendré pues mas conciencia que nuestros escritores pintorescos á defecto de su talento, y procuraré describiros algunos lugares de Petersburgo.

Nada en la historia es comparable á la repentina elevacion de la Rusia.

Al Norte de Europa, tan civilizada, una capital y un imperio se fundaron al mismo tiempo, ambos nuevos en la historia moderna; la civilizacion moral y física establecida por un solo hombre que, como un hábil escultor, hace el cuerpo la cabeza y concluye su estatua sin descansar, ¡accion digna de admiracion y de asombro!

Hasta el siglo VII, la Rusia no se contaba en el número de las naciones civilizadas: en el fondo de sus pantános de sus selvas inmensas, vivian sus habitantes sin comunicarse unos á otros, sino únicamente para la guerra, es preciso decir que el valor de los suecos, el brillante esfuerzo de los polacos, casi siempre, le dieron la superioridad; el dominio que se disputaban del territorio de los cosacos, de Kief, la ciudad sagrada, era el objeto de la hostilidad eterna con la Polonia. Del lado del Asia, la Rusia estuvo amenazada en la edad media; en el interior sus tragedias, sus falsos Dimetri y las sublevaciones de los soldados la habian espuesto á los asaltos. La ignorancia del clero y de los nobles se oponia á todos los progresos; ambos no sabian sacudir el yugo, y dejar de estar sumisos ante el trono; el pueblo vivia en la miseria y en el embrutecimiento. En el esterior, tenian poco comercio, careciendo de puertos y navegacion; nadie creia que la Rusia botase un solo buque en el mar Blanco, en el mar Negro, en el mar Caspio y en el mar Báltico, donde su águila doble estiende y baña hoy sus uñas encorvadas y cortantes. En el siglo XII, vemos á Anna de Rusia casada con uno de nuestros soberanos, (1) pero ninguna relacion tenemos con ese imperio; si engrandeció fué silenciosamente. Por lo demas no ha tomado forma alguna pues permanece en el mismo estado de una montaña; ¡pero el artista la derribó á la manera egipcia.

El hombre civilizado no debia faltar á aquella tierra, aun no esplotada, pero fértil; el mármol no se habia creado para permanecer en bruto. Era preciso que hubiera un ser distinguido que tuviera la fuerza de todo un pueblo, un príncipe mas grande que sus abuelos, digno de corregir lo pasado, de fundar el porvenir, de imponer su obra á sus descendientes. Ese príncipe debia ser fuerte é inflecsible, severo y perseverante, justo y generoso; debia unir las cualidades opues-

(1) Enrique I.

tas del conquistador y del pacificador—Alejandro y Numa,—saber dirigir la puntería de un cañon al mismo tiempo, que dictar una ley, todo esto era necesario al fundador de una era nueva.

Lo que causa admiracion en los decretos de la Providencia, es que el hombre que tenia reservado apareció repentinamente, hasta cierto punto á pesar de su pueblo, y se hace ensalzar sin haber sido llamado. Pedro I, que no desdeñó la civilizacion, tuvo una corte brillante, muchos servidores se humillaban ante él; la multitud, á su paso, le adoraba con la frente en el polvo, cuyo acto de humillacion, Pedro I, se creyó obligado, mas tarde, de impedirlo bajo una pena severa. Sus *strelitz* [antiguo cuerpo de infantería moscovita] cuidaban de su persona; las grandes campanas de Moscou sonaban mientras caminaba, la Europa le enviaba el tributo de su magnificencia manufacturera: el *czar* hizo mas; se dijo á sí mismo: "La nacion no es mi persona, á pesar de que represento á toda entera. Estos hombres no están civilizados; no admitirán las mejoras sino por fuerza. Iré á las otras partes de Europa, donde conoceré las artes, el comercio, la industria y enseñaré yo que soy el gefe, estos dones pacíficos á mi pueblo guerrero, á mi buen pueblo de Slaves," y Pedro descendió de su trono para entrar como peon en un buque; cambió el cetro por un martillo, y se fué sin ningunos honores, á bordo de "El Navío del Estado."

Este hombre tenia una inteligencia maravillosa, un infatigable celo por las mejoras. Pasaba por Amsterdam, Paris, Versalles sin desanimarse, y dirigia sus miradas, con confianza, hacia el Volga solitario, esta era un genio brillante: porque, con sus propios súbditos era con quienes tenia primero que combatir; despues hacerlos aprovechar de su decision y unirlos entre sí. Apenas habian pasado algunos años, cuando los moscovitas despreciaban en las llanuras, al terrible *pospolita* polaco, y obtenian contra los suecos la venganza de Narva.

En el imperio rejuvenecido, habia necesidad de otra nueva ciudad. Moscou estaba muy retirada del centro de la Europa, muy lejos de las naciones civilizadas. El czar dirigió sus miradas por todas partes deseando siempre colocarla en el centro de ella. ¡Dónde fundaria esa capital? siendo una tierra de conquistas arrebatada á sus irreconciliables enemigos, los suecos. Queria edificar en aquel terreno en que recientemente habian combatido, el destino militar y político de su pueblo. ¡Cuál seria el lugar propio para una ciudad! encontrando únicamente ciénegas, un rio impetuoso, campos estériles y un aire glacial. El czar dijo sin embargo: "Aquí ha de ser." Y he aquí porque el nombre de Petersburgo está inscrito entre los nombres de las mas grandes ciudades.

Esto aconteció en 1703, despues de la primera victoria naval que los rusos obtuvieron en el Báltico contra la flota sueca. Dueño de todo el Neva, Pedro resolvió asegurarse por medio de las armas del territorio conquistado. La fortaleza de Schottbourg, muy lejano de la embocadura del rio, se mandó destruir cuando se construyó otra mas cerca del mar. Con el fin de escojer un lugar mas conveniente, el czar fué, seguido de uno multitud de personajes distinguidos, á ecsaminar las islas bañadas por las diversas ramificaciones del Neva. Allí le ocurrió como una inspiracion repentina, el pensamiento de fundar en aquella soledad una ciudad grande y poderosa, de animar como por milagro los desiertos de la Ingria y de la Carelia. La aridez de aquellos terrenos no lo desanimaron; porque la naturaleza, dotando á Petersburgo de aguas abundantes, rehusó á todo el pais que la rodea el ornato florido de los rios: los pantanos producen frondosos arbustos enanos; aquí un sauce, allá un pequeño bosque de pinos ó de abedules; es lo que se encuentra únicamente. El terreno que á la vista del emperador se desarrollaba era inmenso: hócia el Este se veian las risueñas colinas reverdeciendo, mientras que al Sur, se elevaban los montes Douderhof.

Un islote cuya superficie es muy baja, llamado Enicari (isla de las Liebres) y situada en el Neva, ante la isla llamada hoy Petersbourgskaier-Storona [al lado del antiguo Petersburgo], fué adoptado para cimentar una fortaleza. Nada se despreció para asegurar la fuerza de la plaza. El príncipe y favorito Mentchikof recibió su gobierno. La atencion de la isla de Inizari, los escombros del terreno, los trozos de madera, la construccion de la fortaleza, y las casas, ecsigian un gran número de trabajadores. Las tropas á las órdenes del príncipe Repnini, los ingrienes los carelianos, y gentes de Nougorodod, trabajaban sin descanso, los gobiernos dei interior mandaban millares de artesanos, cosacos, tartaros y kalmucos; los prisioneros suecos contribuyeron igualmente á la obra del vencedor. En el mismo estado, cuarenta mil hombres tallaban y conducian piedras y maderas; casi un pueblo entero de peones, todos de raza é idiomas distintos trabajaban sin cesar. Todos aquellos hombres, contratados por tres *kopecks* diarios, no tenian al principio, para hacer fosos, abrir canales y levantar bordos, picos palas ni carros; pues llevaban en sacos, en las manos ó en los faldones de sus *caftans*, la tierra que removian con un palo ó con la mano; ademas de estos trabajos tan penosos, dormian en el campo en el suelo húmedo, en medio de la neblina y de las lagunas formadas por la lluvia.

El interes, el honor de la Rusia estaban empeñados en aqulla obra gigantesca. El czar tomó parte en aquellos trabajos: designando inspectores, cargo muy difícil, entre él mismo y Narischesü, Troubetskoi Zotof, Golovkine y Mentchikof. Los baluartes tomaron los nombres de sus inspectores respectivos, comenzando por el de la Puerta de San

Pedro, que recibió el nombre del soberano. A los cuatro meses la construccion de la fortaleza se hallaba ya concluida. En el bordo meridional de la isla, se levantó con el título de los santos San Pedro y San Pablo, una iglesia de madera con tres torres en las cuales el domingo izaban los gallardetes de un navío. Una casa de madera pintada, imitando al mármol, se designó para servir de arsenal. Los otros edificios menos importantes, eran el templo de los luteranos, la cancillería, los tiendas y la botica real.

Diariamente, cuando el tambor tocaba la diana, y hasta que sonaba la retreta, el pabellon del soberano flotaba en el baluarte. Izar ó quitar el pabellon, era la señal de comenzar ó cesar los trabajos: un cañonazo anunciaba uno ú otro. Para estar mas cerca de sus obreros, el czar hizo construir en la isla de Petersburgo, á doscientos *sagenes* (1) de su baluarte, una casita de madera; él habitaba dos cuartos estrechos, pintados simplemente. En el techo se veia un mortero de madera, y en cada uno de los dos ángulos una bomba pronta á reventar. Tal fué en Petersburgo el primer palacio de Pedro, segun las espresiones de Mr. Ferry de Pegny, escritor distinguido que nos ha dado la mayor parte de esos detalles: "nunca ese soberano fué grande, sino en medio de su humilde casucha."

El czar notó la buena posision militar de la isla de Lotline, á treinta *verstes* (2) de San Petersburgo, posicion verdaderamente inespugnable; no tuvo reposo hasta que puso en su colonia centinelas. Estos trabajos, habiendo llegado el invierno causó la pérdida de algnnos; pero la necesidad les obligó á seguir aquella obra de defensa. Los suecos, en efecto, no podian tener una escaramuza desde lejos, y ver con los brazos cruzados, á sus rivales fortificados en el Báltico. El 4 de Junio de 1705, aparecieron en el Neva: su flota era formidable. Por tierra, uno de sus generales mas esperimentados, llamado Maidel, salia de Viborg con nueve ó diez mil hombres para batir á Petersburgo; pero su mucha confianza en sus fuerzas lo traicionaba: la ciudad se salvó. Apesar de tantas inquietudes, la poblacion se aumentaba considerablemente en Esthoniens, en Finois, en Livoniens, emigrando artesanos estranjeros, marineros y sobre todo comerciantes. Se daba á los pobres terrenos y madera. Todos aquellos hombres que no se conocian, la mayor parte sin ilustracion, sus soldados sin disciplina, aquellas hordas de tártaros reunidos, trabajaban con unidad en la obra del soberano. ¡Qué triunfo del espíritu puede haber mas glorioso!

Despues de un año de ausencia de su querida ciudad, ya por la guerra ó por sus viajes, el czar regresó sorprendido de lo que veia. Desde entonces tuvo que hacer las veces de Mentchicof. Un oukas reunia cada tres meses quince mil obreros. Se construian astilleros y baluartes. En aquella época [1707], el czar completó esas innovaciones con su misterioso matrimonio con Catarina I. En el silencio de la noche, Pedro, Catarina y Bruce, uno de sus mas fieles servidores, en un rápido trineo, atravesaron el Neva cubierto de nieve, y llegaron á un lugar solitario al Oeste de Petersburgo; allí se detuvieron ante una capilla de madera, casi sepultada entre la nieve. Bruce condujo á un sacerdote, y á la pálida luz de un lámpara bendijo el matrimonio de uno de los mas ilustres monarcas del mundo. Pedro como se ve, no quiso que ninguno supiese sus designios, sino solamente Dios.

Los suecos, por su parte, preparaban otra espedicion contra la ciudad naciente. Esa espedicion definitiva, segun ellos, debia tener sin embargo, el mismo resultado que la primera. Labecker por órden del senado de Stokolmo, salió de Viburgo con catorce mil hombres. Petersburgo tembló: la ciudadela estaba provista de víveres. Pero Lubecker, al principio vencedor y dueño de la orilla izquierda del Vera, fué víctima por faltar en lo mas importante: no se habia asegurádo de víveres. Pudo embarcarse felizmente. Este nuevo suceso aseguró la colonia. Sin embargo, Carlos XII entró en Rusia.

La batalla de Putalwa tuvo una influencia desisiva sobre los destinos de Petersburgo: la mañana siguiente el czar escribió al general almirante Apraxine: "La piedra angular de nuestra ciudad del Neva está en fin sellada." Habiéndose hecho por esa grande hazaña poseedor de la Ingria, mando á los ministros y á todos los nobles ir á fijar su residencia en Petersburgo; desde entonces aquella ciudad tomó definitivamente el nombre de la capital de las Rusias. Se arregló un tratado especial de comercio con la Francia; las opulentas ciudades de Lubeck, de Breme, de Dantzig, obtuvieron ventajas particulares. Los estranjeros comenzaron á llegar en gran número; por su parte los personajes mas notables del imperio, se apresuraron á cumplir las órdenes del czar, Menchickoff dió ejemplo por su lujo, construyendo, antes que todos, una casa de piedra á orillas del gran Neva. La descripcion de este hotel, dará una idea de la magnificencia de aquel favorito, ó mas bien de toda la de aquel tiempo. El edificio se componia de tres pisos y estaba frente á un hermoso jardin; el salon principal, de una estension estraordinaria, sirvió por mucho tiempo para los bailes y reuniones de los cortesanos; la escalera que conducia á él era grandiosa. El departamento particular del príncipe estaba embellecido tanto en los cielos rasos como en las paredes, de pequeños relieves y dibujos azules representando objetos de la Escritura Santa, de la historia y de la mitología. Las salas de recibimiento esta-

1 La sagene se compone de tres *archines*, rusas; que equivalen á siete piés ingleses.

2 Verstes, medida de los rusos que equivale á quinientas toesas.

ban adornadas con ricas tapicerías, de Gobelins y destinadas al czar á su vuelta de Paris.

Otro gran señor, el conde Goloukine, hizo tambien construir una casa de piedra en la orilla de la isla de Petersburgo.

El czar por su parte en el espacio de un solo año (1710) embelleció la ciudad con numerosos edificios. Por gratitud á la Providencia que se mostró tan favorable á su colonia, fundó la iglesia de madera dedicada á la Santísima Trinidad. Allí todos los domingos cantaba en el coro como un rey de la edad media.

Pedro I era un príncipe muy glorioso. Persuasion, fuerza, autoridad y todos los medios le parecian fáciles para acelerar el aumento de su reciente capital: por este motivo fijó el decreto memorable que sigue:

Se prohibe espresamente bajo pena de destierro ó de confiscacion de los bienes del delincuente, construir por cierto tiempo casas de piedra en otra parte que no sea Petersburgo.

Tenia que vencer preocupaciones, la malevolencia ó el apego á los antiguos usos. Sin embargo, no perdió ninguna de sus buenas y primitivas costumbres; queria que sus favoritos tuviesen el lujo de que él carecia voluntariamente. Así, pues, obligado á mudar de residencia mandó á edificar una casita en el ángulo del terreno que forma el Neva dando principio á la Foutanca. La nueva habitacion tomó el nombre de casa de Estío. Un gran jardin la hermoseaba. Frente á esta casa se construyeron muchos palacios para la residencia del soberano. A los alrededores de la ciudad, el czar dedicó un edificio, (*Ekatterinenhof*), al nombre de su esposa que acababa de obtener. El edificio era de madera y de dos pisos; las naves colaterales se le añadieron en el reinado de Isabel. Desde allí se estendia un canal hasta el golfo, con un ensenada para refugiar pequeñas embarcaciones; lo cual, segun la pasion de Pedro I por el mar, era indispensable en todos los lugares en que reside el monarca. No lejos de allí en una isla situada á la entrada del gran Neva, cerca de Goutonef, se edificó tambien un palacio; este se hallaba coronado de una torrecilla, desde cuya altura se descubria el mar, y en la que Pedro I se ponia á observar si llegaban buques estranjeros. Durante este tiempo, á orillas de la Ingria, á ocho verstes de Petershof, Mendchikoff formó una *quinta* de proporciones colosales, rodeado de un gran jardin y se llamaba Oraniembaum. A la orilla izquierda del Neva se pusieron los establecimientos útiles; entre otros, el de fundicion de cañones por lo que se dió á todo el lugar el nombre de *Liteianaia*; una cancellería de artillería y fortificaciones, almacenes de víveres, el mercado objorni, un palacio llamado el *Italiano* situado en el lugar en que hoy se encuentra la escuela de la órden de Santa Catarina. [Instituto de señoritas nobles]; un jardin de plantas medicinales [en la isla Karpizare], por lo que se dió á esta isla el nombre de Aptekurski [boticarios]. Tales fueron los edificios construidos desde 1711.

Nada cansaria como enumerar todas las ocupaciones de Pedro: en pié desde las tres de la mañana, corregia hasta las cinco las pruebas de la *gaceta de Petersburgo*, y leia los manuscritos que iban á imprimirse. A las cinco, guardaba en su bolsa su estuche de matemáticas y el de instrumentos de cirujía, tomaba su baston y sus apuntes, y partia, unas veces en su batel, otras en coche ó á pié, para ir á inspectar los trabajos públicos. Como á las seis ó siete, entraba al senado, pasaba de un colegio á otro, pedia instrucciones sobre los negocios, decia sus determinaciones, tomando tambien parte en los debates. A las once volvia á su casa, tomaba en consideracion todo lo que le habia sido notable, despues daba audiencia á los suplicantes; escuchando á cada uno con paciencia y bondad. Despues de la comida, leia las gacetas estranjeras é indicaba al márgen lo que debia traducirse para la de Petersburgo. A las cuatro se dirigia á su obrador de tornero, que llamaba su lugar de reposo. Allí arreglaba los grandes intereses del Estado, ecsaminaba una multitud de negocios, formaba proyectos, dictaba cartas y en fin de todo trataba: desde el interior de aquel cuartito, dirigia los destinos de todo su imperio.

¿Queréis saber el resultado de un trabajo tan tenaz? Os le voy á referir: En 1723 se habian vendido á paises estranjeros navíos mercantes rusos; la Italia. la Francia, Dantzig y la Persia habian cstablecido con Petersburgo una navegacion no interrumpida; y Pedro en el mismo sitio en que, con una hacha en la mano trabajaba en las canteras, veinte años antes, contemplaba, en 1724, los mástiles de doscientos treinta navíos que de todos los mares de Europa concurrian á ese faro brillante que él habia encendido en el Norte. Tres años antes, el senado gobernante le habia designado el título de Padre de la Patria, emperador de todas las Rusias y el sobrenombre de Pedro el Grande.

El 28 de Noviembre de 1725, la patria perdió á su padre.

La ilustre Catarina debia erigir á Pedro, en la plaza del senado, un monumento digdo de tan sublime monarca: la estátua, obra de Falconet, se colocó sobre un grande pedazo de mármol de una sola pieza, cuyo peso es de un millon setecientas mil libras. Preciso era elevar un monumento á la memoria de uno de los mas grandes monarcas; pero el mas hermoso que podia dedicársele á Pedro, era la conclusion de su obra; ¡pues bien! aquella obra, testamento sagrado de un noble genio, no fué ni un solo instante interrumpida, y la jóven capital, como un niño educado cuidadosamente, no ha hecho sino crecer, cada dia mas fuerte y regular.

Ahora, para admirar mejor á Petersburgo, salgamos de esta ciudad; contemplemos sus edificios en línea recta y nos parecerá mas

majestuosa aún. Desde lo alto de la montaña de Poulkoba que está cercana, vemos presentarse multitud de monumentos de aquella época. La flecha dorada de la torre de la Almirantía se ve moviéndose en el aire; vése brillar la aguja de la iglesia catedral de San Pedro y San Pablo, dominada por un ángel colosal. Por todas partes, se ven blanquear los vastos edificios, pomposas columnatas y las hermosas cúpulas de las iglesias con sus cruces resplandecientes. A lo lejos se descubren en medio de su magnificencia melancólica, las cúpulas del antiguo monasterio Novovoskrécenski, hoy convento de smolni Petersburgo encanta las miradas con su hermosa iglesia de Kazan, su inmenso palacio de invierno, unido por una galería, á la ermita; obra de Catarina II. Se admira aún en aquel vasto panorama, el palacio de Mármol, mganífico aunque irregular; el Hotel de la academia de Bellas-Artes, grandioso por su arquitectura; el Estado-Mayor, suntuoso edificio circular. Petersburgo parece estar compuesto de palacios; los simples particulares tienen sus domicilios que muy bien pudieran llamarse reales; ahí se ven, en medio de un aire glacial, los mármoles y las estátuas de la caliente Italia.

Tal es Petersburgo, esa ciudad entera ya, hasta cierto punto y en la que resumimos toda la Rusia. ¡Feliz Petersburgo! ¡tú no has sido fundada por un antiguo pueblo, tus destinos comienzan ahora, solamente pertenece á la era moderna!